

rasgos pedagógicos, todo constituye una prueba elocuente de la superioridad del talento y del ánimo de la emperatriz (1). En otra carta, en la cual aconseja al príncipe que confie á otra persona el trabajo de detalle de la administración militar y que no emplee sus fuerzas en pequeneces, le pone de manifiesto la necesidad de abandonar el sistema defensivo para tomar cuanto antes la ofensiva, con lo cual todo iría mejor.

Potemkin estaba muy afligido; pensaba en ceder el mando supremo á Rumjanzoff, y llegó hasta el punto de proponer una evacuación de Crimea (2). Catalina manifestó su asombro diciendo: «¿qué haremos de la escuadra de Sebastopol?» y excitó, mas vivamente que nunca, al príncipe á que volviera en sí y recobrará el valor. «Todo esto, añadía, te lo escribo á tí que eres mi mejor amigo y discípulo, que sabes encontrar mas recursos que yo misma; actualmente yo tengo mas valor que tú, pero es solo porque yo estoy buena y tú estás enfermo: tú eres impaciente como un niño de cinco años, y los asuntos que te han sido confiados requieren una paciencia inagotable (3).» Decía además que ni el tiempo ni la ausencia ni nada, ni nadie lograrían hacer variar en su ánimo la alta opinión que de él tenía formada.

En los meses siguientes, mostróse la emperatriz disgustada porque el príncipe la tenía largas temporadas sin noticia alguna del teatro de la guerra. Esto podía ser efecto de la indolencia de Potemkin; pero en realidad pocas cosas importantes ocurrían. Como, al estallar la guerra, no se tenían hechos los debidos preparativos, los aprestos para el sitio de Otschakoff requerían mucho tiempo, y entre tanto Catalina se desanimaba y Potemkin era quien tenía que consolarla y animarla (4). El ejército de Rumjanzoff se encontraba en la Besarabia en una situación apuradísima (5). El príncipe de Ligne que estaba en el campamento de Potemkin, como plenipotenciario militar del Austria, se mostraba sorprendido por el contraste entre el ejército que él había visto en las paradas durante el viaje de Catalina, de 1787, y el que veía entonces en el campo de batalla completamente desprevenido para la lucha. En sus cartas á José y á Kaunitz, manifestaba la falta que de muchas cosas esenciales se notaba en el campamento ruso y que obligaban á Potemkin á retardar el sitio de Otschakoff. Las cartas del de Ligne están llenas de sarcasmos y de sátiras (6).

Potemkin no parece que había formado plan alguno de guerra: los generales tenían que recibir de San Petersburgo instrucciones acerca de lo que debían hacer. En la primavera de 1788, habló nuevamente Potemkin de la conveniencia de abandonar la Crimea, acerca de lo cual escribió Catalina: «No puedo consentir en ello: por causa de la Crimea hacemos la guerra: si abandonamos esa comarca y Sebastopol, comenzarán de nuevo las invasiones de los tártaros y no sabemos qué hacer de nuestra escuadra. Por amor de Dios no pienses mas en ello: no te comprendo; ¿cómo podemos renunciar á las grandes ventajas que por medio de la paz y de la guerra hemos conseguido? ¿Quién que esté montado á caballo bajará de él para ir agarrado á la cola (7)?»

Nada de esto hizo perder á Catalina la confianza que tenía puesta en Potemkin, á quien defendía contra los ataques de sus adversarios. El mismo príncipe de Ligne tiene en sus cartas algunas frases de alabanza para Potemkin. La escuadra por este creada derrotó en 7 y 17 de julio de 1788 á la escuadra turca en el estuario de Otschakoff, brillante victoria que tuvo gran influencia moral (8).

Catalina en el colmo de la alegría, escribió á Potemkin: «Al freir será el reír la (*rira bien qui rira le dernier*): la justicia, la verdad y la razón están de nuestra parte (9).» Por aquel tiempo había comenzado ya en el Norte la guerra sueca; siendo por tanto de mayor trascendencia todavía la noticia de la victoria conseguida en el estuario de Otschakoff.

Creyóse que Potemkin, ya en el verano de 1788, es decir, inmediatamente despues de la victoria naval, habria podido apoderarse de Otschakoff si se hubiese presentado oportunamente ante los muros de aquella fortaleza con el ejército de tierra. Pero sea de esto lo que fuere, el sitio, que comenzó á fines de julio, duró muchos meses: la guerra, en tanto, se iba prolongando, y los rusos y austriacos se atribuían mutuamente la culpa de la lentitud. José II estaba disgustado y confuso por el mal éxito de sus armas, pues veía fracasar los planes que sobre la Turquía había formado: «la vergüenza, decía, solo se siente; no puede describirse (10).»

La conducta de Potemkin delante de Otschakoff fué censurada por hombres como de Ligne, Ssuworoff y otros; pero es difícil emitir un juicio imparcial acerca de ella. Quizá tenía Potemkin motivos para estar descontento de la impetuosidad de Ssuworoff, que sacrificaba inútilmente muchas víctimas en los ataques contra la fortaleza: quizá el deseo de Ssuworoff de obligar por medio de un golpe de mano al general en jefe á dar un paso decisivo, se fundaba en excelentes combinaciones estratégicas. Sin embargo faltaba unidad de pensamiento militar y faltaba también la confianza de los generales en el que tenía el mando supremo del ejército (11). Ssuworoff, que había recibido muchas heridas, abandonó el campamento y no asistió á la toma de la fortaleza, que realizó finalmente, hartó tarde por cierto, en 6, 17, de diciembre por medio de un asalto, y á costa de una horrible carnicería (12).

Catalina había ordenado á su amigo que así en el sitio como en la toma de Otschakoff se mostrara humano (13); pero no sabemos si en la caída de la fortaleza cumplió los deseos de la emperatriz. El hecho de aplazar el golpe decisivo parece indicar que quiso evitar en lo posible que pereciera gran número de soldados; sin embargo, las pérdidas fueron enormes. Potemkin con esta victoria decisiva se mostró digno de la confianza que en él había puesto Catalina, la cual quedó muy satisfecha de que los hechos hubieran justificado la buena opinión que del príncipe tenía formada.

Catalina había esperado con gran impaciencia durante muchas semanas la noticia de la toma de Otschakoff: ella misma dice que estaba enferma y que el alegre mensaje le devolvió la salud. También decía que la fortaleza no sería nuevamente entregada (14). El emperador felicitó, sin envi-

(1) *Ilustración de la Sociedad histórica*, XXVII, 437.

(2) Ssolowief, *Ruina de Polonia* (rusa), 176.

(3) *Ilustración de la Sociedad histórica*, XXVII, 434. Véase la siguiente carta (pág. 454) de la cual se deduce que la emperatriz sabía de todo y que todo lo dirigía.

(4) En una carta á Grimm (febrero de 1788) decía Catalina: «La guerra me vuelve estúpida cuando no recibo ninguna noticia.» *Ilustración de la Sociedad histórica*, XXVIII, 437.

(5) Segur, III, 47. *Russkaja Starina*, XV, 711.

(6) *Obras del príncipe de Ligne*, París 1860, II, 58-61.

(7) *Ilustración de la Sociedad histórica*, XXVII, 491.

(8) Véanse los detalles en mi monografía en el *Diario del ministro*, etc., CLXVIII, 389.

(9) *Ilustración de la Sociedad histórica*, XXVII, 503.

(10) Ranke XXXI, 226. Véase la sátira de Catalina sobre los austriacos en la *Ilustración de la Sociedad histórica*, XXVII, 476, 478 y 524. Carta de Besborodko á Woronzoff, *Ilustración de la Sociedad histórica*, XXVI, 403-404.

(11) Véase mi trabajo en la obra citada, pág. 402.

(12) Véanse los detalles en la misma obra, pág. 413.

(13) *Ilustración de la Sociedad histórica*, XXVII, 513-519.

(14) «Lo que es de buen tomar es de buen guardar.» Chrapowsky, 5 de enero de 1789.

dia alguna, y de todo corazón, á la emperatriz por la victoria conseguida (1). La corte francesa pareció disgustada (2); y en cuanto á Federico Guillermo II, habló admirado de la «gran noticia,» expresión que agradó á la emperatriz (3). En Viena se observó que la distancia que separaba á Rusia de Constantinopla se había estrechado, y que la escuadra rusa no necesitaba más que dos días para ir desde Otschakoff hasta los Dardanelos (4). En el mismo momento en que Otschakoff caía en poder de los rusos, el embajador francés en Constantinopla trazaba un plan de guerra para los turcos, indicándoles la manera de salvar en 1789 la fortaleza y de dividir las fuerzas de los rusos (5). Aquella noticia produjo pues un efecto espantoso en la capital turca, y aumentó las esperanzas de los cristianos de los Balcanes que celebraron el suceso en canciones populares (6).

Mientras ocurrían estos sucesos en la Rusia meridional, Catalina esperaba dar un nuevo golpe decisivo á la Turquía en otro punto. Al comenzar la guerra habíase propuesto el plan de llevar las operaciones al Mediterráneo, plan que tan brillantes resultados había dado en 1770, renovar la gloriosa jornada de Chesme y excitar á los súbditos de la Puerta á un levantamiento general (7).

En el otoño de 1787, todavía se adoptaban medidas y se hacían preparativos para esta expedición, y se confiaba el mando de la escuadra al almirante Greigh que debía conducirla al Mediterráneo. La emperatriz decía que esta vez disponía de mas medios que en 1769, para la realización de la empresa.

La cuestión eslava ofrecía un carácter esencialmente religioso: el levantamiento de los eslavos contra los turcos, en la península de los Balcanes, era considerado como una cruzada, en la cual se trataba de que la causa del cristianismo venciera á la media luna. La comunidad de religión entre los súbditos eslavos de la Puerta y la Rusia parecía como de mayor importancia que la comunidad de patria.

«La cabeza de la Iglesia oriental», como solía llamar José II á Catalina, se ocupó en arreglar los detalles de la expedición proyectada, poniéndose de acuerdo con los prelados para la elección de los sacerdotes y de los utensilios para el servicio divino de campaña que debía llevar consigo la escuadra. Hízose un inventario de los cuadros religiosos, de los altares, de los cálices, de los ornamentos sacerdotales y de las campanas y de los libros de oraciones que habían de llevarse en cierto número de buques de transporte (8).

También se embarcaron en estos muchas armas para entregarlas á los insurrectos. Esperábase, especialmente, que los griegos que servían en la escuadra turca desertarian de ella, en cuyo caso sería fácil apoderarse de una vez de toda ella (9); y creíase también que el gran número de agentes que desde Italia serían enviados á la península de los Balcanes, conseguirían inflamar el espíritu de rebelión en el imperio turco (10).

(1) Arneth, pág. 325.

(2) Segur, *Memorias*, III, 447.

(3) Chrapowsky, 4 de enero de 1789.

(4) *Diario de San Petersburgo*, (ruso) 1789, pág. 100.

(5) Véase la carta de Bulgakoff á Potemkin en el *Archivo ruso*, 1866, pág. 1577.

(6) Véanse impresas como apéndice al trabajo de W. Grigorowitz sobre las relaciones entre eslavos y rusos en el tomo V, de la nueva Universidad de Rusia.

(7) Véase mi trabajo *Política de Rusia en el Mediterráneo en 1788 y 1789*, en la *Crónica histórica* de Sybel, XXVI, 85-115.

(8) *Archivo ruso* 1869, pág. 1580-86.

(9) Chrapowsky, 22 de mayo de 1788.

(10) Acerca de las relaciones que mediaron entre el gobierno ruso y el bajá Mahmud de Scutari, véase mi citado trabajo, pág. 97.

Habiendo rehusado Alejo Orloff el mando de la expedición, pensó Catalina confiarlo al teniente general Saborowsky, que ya había prestado importantes servicios durante la guerra turca y que de todos los generales rusos había sido el que mas se había internado en la península de los Balcanes. La instrucción que para él se redactó nos permite conocer la esencia de la empresa, y el gran número de emisarios que á Italia y á Turquía habían enviado los rusos. Todo el Sur estaba cubierto de una verdadera red de agentes secretos; también se pensaba en entrar en relaciones con las tribus eslavas, albanesas y griegas; porque se quería «suscitar un incendio general,» y distribuir millares de ejemplares de un manifiesto (11).

Saborowsky marchó por tierra á Florencia, desde donde debía dirigir la conspiración tramada contra los turcos, programa vastísimo que si hubiera podido realizarse en todas sus partes, habría determinado la llegada de la última hora de la Puerta.

Pero la empresa encontró grandes dificultades.

El plan de la emperatriz produjo gran sensación en Europa, y fué discutido en todos los diarios. La expedición de 1769-70 había podido ser llevada á cabo, porque á Inglaterra, como sabemos, ningún cuidado le inspiraba que la escuadra rusa se presentara en el Mediterráneo y en el Archipiélago; y por eso no produjeron efecto alguno las protestas de Francia. Pero en 1788 la cuestión era saber qué actitud tomarían las potencias occidentales ante la atrevida empresa del gobierno ruso.

Pronto se vió que no podía contarse para ella con la aquiescencia de Inglaterra, pues el embajador inglés en Constantinopla ofreció á la Puerta el apoyo de su nación contra Rusia. La aproximación que entre Francia y Rusia se había verificado y que había dado por resultado la celebración, en 1786, de un tratado de comercio, había disgustado en extremo á la Inglaterra. No en vano contaba, pues, Catalina para su empresa mas con Francia que con la Gran Bretaña. En noviembre de 1787, escribía á Potemkin: «Cuando mis veinte buques pasen el estrecho de Gibraltar, será conveniente que embarcaciones francesas formen la vanguardia y la retaguardia. A cambio de este servicio puede prometerse á los franceses una parte de Egipto: los ingleses no nos prestarán auxilio alguno, etc. (12).»

Muchos eran los que abrigaban temores por la conducta de Rusia. Algunos publicistas franceses suscitaron la cuestión de si la corte de España tenía, en virtud de los tratados, el deber de consentir que cruzara el Mediterráneo una escuadra que se dirigiera contra la Puerta (13). Cuando Rusia pretendió fletar en Inglaterra algunos trasportes para la escuadra, el gabinete inglés se negó á consentirlo.

Catalina estaba indignada y expresaba con palabras duras el descontento que le causaba la duplicidad del gobierno inglés. Tenía redactada una enérgica nota para el gabinete de Londres; pero se dejó convencer de la conveniencia de una redacción mas mesurada, y confesó despues que al escribir la primera, la cólera, que no podía dominar, le había hecho subir la sangre á la cabeza (14).

En Inglaterra se prohibió á los comerciantes que estaban dispuestos á fletar trasportes para el gobierno ruso, que tal

(11) El documento está impreso en el *Archivo ruso* 1866, pág. 1373-94. El manifiesto dirigido á los cristianos de los Balcanes se encuentra en la *Vida de Uschakoff* de Skalowsky. San Petersburgo 1858 (ruso) págs. 79-80, y está firmado por Saborowsky.

(12) Ssolowieff, *Ruina de Polonia* (ruso), pág. 180.

(13) Volney, *Consideraciones sobre la guerra actual*, etc., y Peyssonell en su refutación de este folleto, pág. 110.

(14) Chrapowsky, 30 de marzo y 4 de abril.

cosa hicieran, y además de esto, en los periódicos ingleses se publicaron las órdenes del gobierno prohibiendo á los marineros ingleses tomar parte en aquella empresa (1). Rusia hubo de dirigirse, pues, á otras potencias: con Dinamarca podía contar en absoluto, pero en cambio, en Holanda y en Prusia sus propósitos encontraron graves dificultades (2). Francia tampoco estaba dispuesta á ceder grandes ventajas á Rusia respecto de Turquía. En abril de 1788, llegaron á San Petersburgo despachos de París, preguntando si se proyectaba una expedición al Mediterráneo, y diciendo que semejante expedición daría indicios de un deseo excesivo de

engrandecerse á costa de Turquía. Al propio tiempo ofreció Francia su mediación para el restablecimiento de la paz. Estas discusiones disgustaban en alto grado á los rusos, los cuales creían que el proceder de Francia era consecuencia de las intrigas de Prusia (3).

Ninguna discusión diplomática debía ya entablarse sobre este punto entre Rusia y las potencias occidentales, pues vino á ofrecerse en breve otro obstáculo de muy distinta clase, obstáculo que obligó á Rusia á renunciar al plan de enviar su escuadra al Mediterráneo, pues la necesitaba para luchar contra otro enemigo, que era la Suecia.

CAPÍTULO VII

LUCHA CONTRA GUSTAVO III

Relaciones con Suecia.—Entrevistas de Catalina con Gustavo.—Plan de guerra de Gustavo.—Polémica entre Gustavo y Catalina.—Sucesos de la guerra.—La alianza del Aujala.—Dinamarca.—Intervención de Prusia y de Inglaterra

El Estado ruso no solo utilizó para aumentar su poder la decadencia de Polonia, sino que también se aprovechó de la de Suecia. La permanencia de los privilegios de la nobleza de la Edad media y la lucha de los Estados con la monarquía tenían en Suecia, como en Polonia, por resultado inevitable la intervención de los demás Estados en las cuestiones interiores. En Suecia como en Polonia las reformas políticas hubieran podido contribuir á poner un límite á los progresos de Rusia; pero en Polonia, las tentativas reformistas se estrellaron contra la preponderancia de Prusia y de Rusia, y contra el mal estado á que habían llegado las cosas en aquel país; mientras que en Suecia los cambios de gobierno habían ido tan lejos que la nación, despues de sensibles pérdidas, podía estar segura de no ser objeto de nuevas divisiones. En esto estriba la importancia del reinado de Gustavo III. «Los hechos salvadores» por él realizados evitaron á Suecia la suerte que había sufrido Polonia y emanciparon á aquel país del régimen aristocrático y de la influencia de los poderosos vecinos. El deseo de Gustavo III de crear una Suecia grande y poderosa y recobrar las provincias perdidas hizo que estallara la guerra entre Suecia y Rusia, guerra cuyo teatro y cuyo objetivo fué la Finlandia, que ya antes había sido causa de algún conflicto entre ambas potencias. Despues que una parte de esta comarca fué conquistada por Pedro I, encendiéndose una nueva lucha en tiempo de Isabel. Suecia pensaba reconquistar la porción de territorio que había perdido en la paz de Nystadt, pero en vez de conseguir su intento, perdió otra porción de Finlandia (1743), hasta el río Kymmene.

La paz de 1743 no fué mas que un armisticio: Gustavo III volvió á la lucha, en la esperanza también de recuperar las provincias perdidas, ó por lo menos de hacer nuevamente sueca toda la Finlandia. Esta esperanza quedó frustrada; la corriente del Kymmene continuó siendo la frontera que separaba la Finlandia sueca de la rusa; y como las dos potencias no cesaban de trabajar para unir aquellas dos mitades, se unieron al fin en provecho de Rusia, durante el reinado del nieto de Catalina.

(1) Véanse los detalles en mi citado trabajo, pág. 92.

(2) Segur, *Memorias*, III, 352.

(3) Chrapowsky, 17 de abril de 1788.

Desde la muerte de Carlos XII, era Suecia una república aristocrática. Las sombras de reyes que allí había no solo no tenían influencia política alguna, sino que ni siquiera podían cambiar de servidumbre sin la cooperación de la nobleza. Un sello con la cifra grabada del rey Adolfo Federico daba derecho al Comité secreto para resolver las mas importantes cuestiones en nombre del jefe del Estado, aun sin conocimiento de este.

Las Dietas suecas, como las polacas, se dejaban gobernar fácilmente; y á la entrada de la sala donde celebraba la nobleza sus reuniones, se compraban y vendían públicamente los votos. Generalmente Rusia y Francia eran las naciones que mas dinero empleaban en este mercado, donde el mejor postor era el que conseguía la victoria definitiva.

Apenas subió al trono Catalina se mostró dispuesta á bajar para que en Suecia quedara permanente é invariablemente limitado el poder monárquico (4); pero en esta tendencia necesitaba contrarrestar el influjo francés en Suecia (5), pues la Francia á su vez procuraba robustecer el poder real (6). Ostermann supo ya en 1766 que el partido monárquico tramaba una conspiración contra la nobleza, siendo la reina, hermana de Federico el Grande, la que mas trabajaba en este sentido (7); y el gobierno ruso tuvo que gastar cuantiosas sumas para contrarrestar tales esfuerzos. Catalina decía que no solo Rusia, sino también Prusia había garantizado la conservación de la constitución sueca; pero en cambio, cada día aparecía mas clara la intención de Francia de promover un cambio de instituciones en aquel país (8), donde ya se hablaba de la necesidad de «sacudir el yugo ruso (9).» Catalina, por su parte, se expresaba con indignación al hablar del rey y la reina de Suecia que vivían en relaciones muy tirantes con el embajador ruso en Estokolmo (10).

(4) Ssolowieff, XXV, 204.

(5) Ssolowieff, XXV, 343.

(6) Ssolowieff, XXVI, 97.

(7) Catalina se quejó de ello á Federico: véase la *Ilustración de la Sociedad histórica*, XX, 219.

(8) Ssolowieff, XXVII, 213-217.

(9) Segur, *Memorias*, XXVII, 271, 316-318.

(10) *Ilustración de la Sociedad histórica*, X, 208.